

VIII Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR 2022

En memoria del mañana

Nora Ortega Pérez



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia
Publicaciones y Divulgación Científica



© Nora Ortega Pérez

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga
Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos)
29071 - Málaga
www.umadivulga.uma.es

Imagen de la cubierta: vector de diseño creado por Freepik

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez
Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque
Maquetación: Aurora Álvarez Narváz

Colección: Ficción y Ciencia

VIII Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

En memoria del mañana

Nora Ortega Pérez

Universidad de Málaga
2022

En memoria del mañana*

La vibración de la pulsera me saca de un sueño que hace años que no es profundo. Apago la alarma con los ojos entrecerrados, molesta por la súbita luz en la penumbra. Podría tener un reloj convencional, pero el sonido le provocaría un despertar repentino y la dejaría todo el día intranquila. Más aún, quiero decir. Tengo mucho trabajo por delante, así que no me puedo permitir algo así.

Me giro en la cama para ver la suya y observo el bulto que forma bajo la manta. Ni mucho menos hace frío en cualquiera de las habitaciones, pues la climatización funciona correctamente. Sin embargo, a ella le gusta dormir con algo de peso y la sábana no es suficiente. Es muy «finústica», como ha dicho en más de una ocasión.

Suspiro. Al menos cuando duerme está tranquila, hay silencio, hay paz, y yo me puedo *despreocupar* un poco. Cuando rumio este tipo de cosas me regaño a mí misma, no debería estar pensando en esto, con la cantidad de veces que la habré tenido despierta de madrugada o con los berrinches y pataletas que le habré montado. Me siento egoísta cuando pienso que mientras duerme tengo un momento para mí.

Aprieto los labios y una lágrima me resbala por la mejilla. A veces no puedo contenerlas, me puede todo y por algún lado tiene

*TW: enfermedades mentales (demencia)

que salir. Crean ríos sobre mi piel; ríos como los que esperamos ver alguna vez por aquí. Es mejor así, con ella no quiero pagarlo. Y tampoco quiero que me vea llorar o se pondrá peor.

Lo único que me apetece es quedarme en la cama, hecha un ovillo. Porque a mí también me gusta dormir con algo de peso; es a lo que ella me acostumbró. Pero tengo mucho trabajo, debería salir de la cama y ser una persona funcional, porque ¿quién va a hacerlo por mí?

La segunda alarma me saca de mis cavilaciones. Me incorporo y la apago. Muevo la esfera electrónica del reloj y enciendo el Colibrí. El dispositivo de cuidados, que tengo sobre la mesilla de noche, se pone en marcha con un zumbido suave procedente del aleteo de sus hélices. Toco en la pantalla el único perfil que tengo en la *app*, el que tiene una fotografía de ella, y el dron ya sabe lo que tiene que hacer.

Salgo de la cama y con otro toque al reloj amplío la pantalla, de manera que ahora me cubre casi todo el antebrazo. Al instante, veo nuestra habitación con mucha nitidez, pues tiene una gran capacidad para tomar imágenes en la oscuridad.

Sin terminar de sentirme tranquila, me dirijo al cuarto de baño y entro en él, cerrando la puerta tras de mí para evitar despertarla haciendo ruido. Con un gesto de la mano, comparto la imagen con la pantalla dentro de la ducha y de nuevo veo nuestro cuarto. El bulto sigue en la misma posición, así que me desnudo. Compruebo la imagen mientras me meto en la ducha.

Con el seguro del Colibrí en marcha, me enjabono y me aclaro lo más rápido posible, aunque intento disfrutar un poco

del agua caliente. Suspiro y termino de ducharme sin quitarle ojo a la imagen de los azulejos LED. Y es que da igual que tenga el seguro puesto, no me fío. A veces ella encuentra la manera de burlarlo.

Me empiezo a secar el pelo con el difusor para marcar el rizo. Pero no pasan ni diez segundos cuando la pulsera se pone a vibrar como una loca. Levanto la cabeza y me doy con el borde del lavabo. Gruño, pero no tengo tiempo para quejarme del dolor. Apago el secador y lo dejo colgando del cable en forma de muelle. Abro la puerta de la habitación sin ningún tipo de cuidado y salgo del cuarto, donde suena una alarma no muy agradable.

La veo allí de pie, *ordenando* mis cosas.

—Abuela, deja eso, porfa —le digo con la voz más dulce que puedo sacar mientras me froto la cabeza dolorida.

—Hay que recogerlo.

—Ya, ya, pero es que ese es su sitio. Son mis cosas y ese es su sitio.

—Bueno, pues por eso.

Se me escapa una risa suave por la nariz. «Bueno, pues por eso», esa muletilla que siempre usa para cuando se mosquea porque le llamo la atención.

—Venga, anda, vente conmigo al baño mientras me termino de secar el pelo —le digo tomándola de la mano—. Y luego te ducho, ¿vale?

—Sé ducharme sola —refunfuña.

Le sonrío y le digo:

—¿Y lo divertido que es hacerlo juntas? Anda, venga, vente y me cuentas qué soñabas.

Me la llevo al cuarto de baño como puedo, pues hasta que no se le administra la medicación está muy rígida, y la siento en la taza del váter. Le doy una orden a la habitación para que suba la temperatura o me voy a acabar helando. Ella hace pis y yo me termino de secar el pelo con el aparato a máxima potencia. El rizo se me deshace por la falta de mimo, pero es igual, ya hace tiempo que no luzco mi mejor aspecto por falta de tiempo y cuidado.

—Abuela —le digo posando el secador sobre el lavabo. Me acerco y le tomo las manos para que suelte lo que tiene en ellas—. Déjate las bragas, anda.

—Es que huelen raro.

—Claro, es porque hay que cambiar ya el filtro de residuos. Cada vez se gastan antes, yo creo que es por la nueva medicación.

Me pone mala cara, supongo que no me termina de entender. La desnudo y la meto a la ducha. La limpio entera ayudándome del sistema de lavado asistido, que despliega un taburete de la pared, en el que la siento. La distraigo haciéndole hablar de su pasado en Málaga para que esté tranquila mientras la dejo limpia y con buen olor.

Tras varias pequeñas batallas para que me haga caso y deje de tocarlo todo, mi abuela está duchada y vestida, y yo, por fin, también.

Durante el desayuno, le toco el tatuaje inteligente, que responde con una serie de gestos rápidos, y el cambio de color me indica que la nanodopa ha sido liberada. Una vez listas las dos, la monto en la silla de ruedas y abandonamos nuestro apartamento.

No para. La deja un momento en la trona para darse la vuelta y remover la comida del fuego y, cuando se vuelve a girar, la niña se ha bajado.

—¡Adriana! —La detiene a pocos metros de la mesa y la coge en brazos para volver a sentarla en su sitio—. Oye, por favor, estate un poquito quieta, mi amor —le dice, convirtiendo su voz, haciéndola más amable a medida que le habla—. Venga, porfa, que la abuela tiene que dejar esto listo antes de entrar a la CallApp, ¿vale?

—*Colap* —repite la niña.

Sonríe y decide traerse la trona hasta la vitro, donde está cocinando un guiso que le enseñó su marido hace muchos años. A su hija le sale mejor, pero ahora está trabajando y le toca a ella prepararlo.

—Mira, aquí con la abuela hasta que terminemos, así me ves y aprendes.

Cuando ha terminado, se sienta con el plato a la mesa. Frente a ellas, pues ha colocado a la niña a su lado, proyecta la videollamada.

—¡Buenos días! —le saluda Morgan. Lleva años con ella en la Universidad de Málaga, pero no pierde su particular acento galés.

—Hola, Mo. Perdona que no vaya a poder prestarte toda mi atención, pero... —Hace un gesto a la cuchara que tiene en una mano y el cuenco del guiso en la otra.

—¡*Mogan!* —dice la niña con su media lengua.

—Pero ¡qué grande está! Cómo se parece a tu hija.

—Sí, es magnífica. Un trasto magnífico. —Ambes se ríen—. Cuéntame.

El brillo en los ojos de su compañere le delata.

—No —susurra ella, emocionada.

—¡Sí! El paquete de genes que diseñamos está dando resultado y los sujetos están confirmando nuestras hipótesis.

—Morgan... Esto... Esto lo cambia todo sobre cómo pensamos que funcionarán las colonias.

—Efectivamente.

La llevo por el pasillo del sector Al-Ándalus, la que reproduce su clima y arquitectura; saludamos a varios vecinos y colegas hasta que salimos al Ecuador de la Estación Lynn Margulis, en la que residimos desde que llegamos.

—Anda, esa se parece a mí —comenta desde la silla al tiempo que señala una holoestatua de cuatro metros.

—Es que eres tú, abuela.

—No sé, no creo.

A veces me pregunto si se cree algo de lo que le digo o simplemente me sigue el juego. Tras cruzar el inmenso pasillo de descompresión entre biomas, llegamos al centro de interpretación, donde ya se encuentran varios de mis compañeros de trabajo.

—Buenos días —saludo empujando la silla.

—Buenos días, chicas —saluda Gero.

—Hola, hola —dice Florence.

—Ya han llegado las mujeres más inteligentes del universo —dice Marc sonriente.

Me río por la nariz y sacudo la cabeza.

—¿Quiénes son estos? —pregunta mi abuela.

—¿Quiénes vamos a ser? Sus mejores discípulos —dice Gero.

Me agacho a su lado y le tomo las manos.

—Abuela, son Gero, Florence y Marc, ¿te acuerdas? Con los que trabajamos para el proyecto.

—Ah, bueno, pues por eso.

Me ponen al día de los avances con el nuevo enjambre y analizamos los últimos resultados para redactar los informes que usarán en las zonas de terraformación. No avanzo mucho, son ellos los que tienen que hacer la mayor parte del trabajo, pues debo estar pendiente de mi abuela de manera constante y cada tres horas tengo que parar para darle la nanodopa. Voy por la tercera dosis del día cuando Marc se acerca a nosotras.

—Jefa, tiene una llamada de la Estación 9.

—¿Pasa algo? —le pregunto al ver su cara preocupada.

Me hace un gesto con la cabeza y empuja la silla para seguirlo a la sala de reuniones. Allí, la dejo a un lado de la mesa y mi compañero proyecta la pantalla, donde aparecen nuestros compañeros que están a cientos de kilómetros.

—Buenos días, doctora Doménech.

—¿Quién me llama?

—No, abuela, se refiere a mí.

—Yo soy la doctora Doménech.

—Claro, y yo también —le digo poniendo una mano sobre la suya—. Y ahora se refiere a mí.

—Encantado de volver a verla a usted también, Sofía —dice el hombre, sonriéndole. Luego posa la mirada en mí y añade—: Soy Ruvens, microbiólogo de la nueve. Nos conocimos en la última Cumbre Futurhábitats, ¿me recuerdas?

—Claro, ¿cómo va todo?

—Bueno, estamos teniendo algunos problemas con los últimos EMGs. Por eso la llamábamos.

—EMGs —dice ella a mi lado—. ¿De qué me suena eso?

—Sí, abuela, los Enjambres Modificados Genéticamente, ya sabes, los desarrollados en la UMA. —A veces le doy una explicación rápida porque desarrollarlo con prisas sería complicado.

—El caso, doctora —continúa Ruvens—, es que necesitaríamos que viniera a ver los resultados.

—¿Cómo? ¿Que vaya yo allí, dice? ¿No me los puede enviar?

—Consideramos que es mejor que se acerque y tratemos el tema en persona.

Chasqueo la lengua y me masajeo las sienes.

—¿No puede ir alguien de mi equipo? Son los mejores.

El hombre hace un mohín y añade:

—No es por menospreciar a ningún miembro del equipo, pero preferiríamos que viniese usted misma, doctora.

Lo miro a los ojos y comprendo su preocupación. Tiene que ser algo gordo para que me requieran en persona.

—Está bien. Saldré mañana por la mañana.

Me da las gracias y nos despedimos. Marc apaga la pantalla y se queda observándome.

—¿Quién era ese? —pregunta mi abuela.

—Ruvens, uno de los microbiólogos de la Estación 9. El que ideó cómo hacer frente a la plaga de hongos que sufrieron los EMGs.

—Ah, sí, ese era el marido de... Que tenía una hermana que era rubia y tenía dos hijos...

La dejo divagar; no sé muy bien de qué me habla y no tengo muchas ganas de seguirle el rollo. Miro a mi compañero, que la observa con lástima. Suspiro y clavo la vista en el techo abovedado, contemplando el cielo color caramelo tan característico de este planeta. Me siento un poco frustrada con la situación.

—¿Qué harás con la doctora? —pregunta mi compañero.

Salgo de mis cavilaciones para mirarlo con una media sonrisa.

—Llevármela, no hay más opción.

—Sabes que hay gente que estaría encantada de quedarse con...

—Yo sé cómo tratarla mejor que nadie. Se viene conmigo. Su sitio está con su nieta.

Entierra la cara entre las manos. Está rota, le acaban de quitar otra extremidad. O, por lo menos, es como mejor lo definiría. Primero él, ahora ella. *Ellos*.

—Sofía. —Levanta la mirada y ve que Morgan está allí, con ella. Más allá del trabajo y de cualquier otra cosa, es su amigüe más fiel; no podía faltar en un momento así—. Lo siento muchísimo.

Le coge las manos que le ofrece y se sienta junto a ella. Se quedan un rato en silencio en la abarrotada sala del tanatorio. Al otro lado del sofá, su nieta descansa, sumida en un sueño profundo. Le coloca la chaqueta con la que la ha tapado hace rato y se gira hacia elle, que la mira muy serie.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? ¿Te quedas?

—No —contesta agitando la cabeza—. No, no, debo ir. He luchado mucho por conseguir esto.

—Sabes que todo el mundo entendería que...

—No. No puedo dejar de ir, Mo. Me necesitan allí.

—Lo sé.

—Y yo también necesito esto, ¿lo comprendes? —Le aprieta las manos y se permite llorar de nuevo, ahora que su nieta no la ve—. Quizá ahora más que nunca.

Su compañere suspira mirando a la niña dormida y vuelve a levantar la mirada buscando la suya.

—¿Y ella?

—Ella se viene conmigo. Nos vendrá bien cambiar de aires.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Su sitio está con su abuela.

La cápsula se mueve a más de 600 kilómetros por hora, pero la corriente magnética hace que apenas se note y podemos

contemplar lo que queda fuera, el entorno siempre fluctuante de nuestro hogar. Por la cristalera le voy enseñando cómo ha ido cambiando el paisaje gracias a sus inventos.

—¿En qué país dices que estamos? —me pregunta con la confusión dibujada en el rostro.

—No, abuela, aquí no hay países. Esto es el Cuadrante de Ixchel, ¿recuerdas que me enseñaste que le pusieron ese nombre por la diosa maya? La de la medicina y la gestación. Pero vaya, que no hay fronteras como tal, todavía —le digo, riéndome un poco.

—Uis, en mis tiempos no había nombres tan raros. Estaban España, Portugal, Italia, Francia...

Sigue enumerando y yo sonrío porque, a pesar de su demencia, hay ciertas cosas que jamás se le olvidan. Mientras continúa hablando a su rollo, yo me decanto por disfrutar de las vistas que tan diferentes se ven de cuando llegamos aquí.

Algo en el exterior la excita mucho y se levanta, así que, con dulzura, sin ejercer mucha fuerza, pero con determinación, la obligo a sentarse.

—Vamos, abuela, ya sabes que es peligroso...

Lleva un rato intentando que se siente y no la obedece. Deja la *tablet* a un lado y se levanta para cogerla por el brazo con suavidad.

—Adriana, ya vale. Es la última vez que te llamo la atención. Por favor, siéntate, es peligroso que vayas de pie en la cápsula.

Se lo dice con toda la paciencia de la que es capaz, como siempre. Sabe que se aburre, sabe que no es su intención interrumpirla, ni su culpa que tenga que enviar esos informes con tanta urgencia.

La niña obedece enfadada. Tiene los labios apretados y el ceño fruncido. Cruza los brazos y mira por la ventana. Sofía sabe que su nieta está disgustada por el viaje, es un cambio muy grande y se ha dado cuenta de que el paisaje le está afectando mucho. Dejar su despacho en el Departamento de Biología Molecular y Biotecnología de la Universidad de Málaga ha sido un palo tremendo para ambas. Hace años que es su casa, su hogar.

«Lo hacemos por las generaciones venideras».

Lleva varias semanas con esa frase en la cabeza, es como un mantra para insuflarse ánimos.

Se sienta a su lado y observa con ella a través del cristal. La gran planicie rojiza, de aspecto polvoriento, le seca la boca con solo echar un vistazo. La verdad sea dicha, todo era mucho más bonito allí en la Tierra, con sus montañas, sus ríos, sus mares y sus nubes. Sin embargo, debe admitir que, cuando despertaron en su llegada a la Lanzadera y vieron los hologramas que proyectaban imágenes de su nuevo hogar, la Estación Lynn Margulis, ambas se quedaron boquiabiertas. Y Sofía, sabiendo que sus experimentos estaban dando buenos resultados, por fin pudo hacerse ilusiones y comprender que un futuro allí era posible.

—A ver, quítate esa cara de acelga que tienes y mírame.

La coge por la barbilla con suavidad y la gira hacia ella. En sus ojos pardos, los mismitos de su hija, lee el miedo y la confusión. Lo comprende, a ella también le pasa, es un sitio nuevo al que tendrán que acostumbrarse.

—Escucha, todo va a ir bien, ¿vale? Vas a tener una vida muy parecida a la que habrías tenido en la Tierra. Seguirás yendo al cole, harás nuevas amistades, nos divertiremos juntas cuando no esté trabajando... Lo de siempre, ¿vale? La abuela seguirá con sus experimentos en artrópodos y tú con tus deberes. Ven, ayúdame a acabar esto —le dice posando la *tablet* en sus pequeñas manos.

—¿Artrópodos eran...? —pregunta con la voz aguda y dulce de siempre. Ya se le ha pasado el enfado, o casi, porque Sofía sabe que, picándole un poco la curiosidad, la niña se olvida del resto.

—Los bichitos, ya sabes, las hormigas, las abejas, los saltamontes...

—¡Las arañas!

—Las arañas, eso es. Esas nos harán la ropa, ¿no te parece superguay?

—Abuela, se dice croma, supercroma.

—Buceeno, pues será croma. Lograremos grandes cosas aquí y haremos de este sitio nuestro nuevo hogar. ¿Confías en mí?

La niña la mira con los ojos limpios de nubarrones y sonrío de medio lado, con ese gesto tan característico suyo que tiene desde que era casi un bebé. Asiente y la estruja. Sofía la acoge en

sus brazos y le acaricia el pelo en la zona de la nuca. No puede evitar emocionarse al acordarse de su primera niña.

La Estación 9 es una de las más modernas, sus instalaciones tienen un diseño similar al de aquella a la que nosotras llamamos «hogar». Sin embargo, en esta no hay tantos apartamentos como en la nuestra, pues está más enfocada a la investigación que se lleva a cabo en los terrenos adyacentes. En ellos, se pueden observar las construcciones realizadas por las Tacurúes, uno de los primeros logros del grupo de mi abuela.

Me sorprende cada vez que veo los edificios de arena, resistentes a las inclemencias del planeta. Me lleno de orgullo al pensar que la mujer que me ha dado esta vida es la responsable de haberlo logrado. Cuando nos estamos acercando a la estación podemos ver desde la cápsula cómo los insectos siguen trabajando en las construcciones más cercanas a la sede.

—Mira, abuela, las Tacurúes.

—¿Eh?

—Sí, ¿las ves? Las hormigas gigantes que se ven allí, que están construyendo.

—Qué asco, son enormes. Un poquito de detergente y a pastar.

Mi cara debe de ser un cuadro. Menos mal que estamos solas. Recuerdo una vez que me llegó a confesar que a veces veía a esos animales como si fuesen hijos propios. Cómo ha cambiado la cosa.

«Si te hubieran dicho hace años que algún día ibas a decir algo así...».

Suspiro, apenada, pero sabiendo que es lo que hay.

Tras llegar al punto de anclaje y bajarnos de la cápsula, somos dirigidas a los laboratorios centrales, donde el equipo de investigación nos recibe. Entre ellos, reconozco al propio Ruvens.

—Buenos días, doctoras Doménech —saluda.

—Este salía el otro día en la película.

Todos allí sonreímos y la miramos con una mezcla de tristeza y admiración.

«Hay que llevarlo con humor».

—Abuela, es Ruvens, el microbiólogo que te dije ayer.

—Ah, bueno, pues por eso.

Le estrecho la mano a nuestro compañero y pasamos a una de las salas. Los laboratorios son prácticamente iguales a los nuestros, aunque con un aspecto ligeramente más moderno. Tampoco podemos hacer grandes cambios con los materiales de los que disponemos.

Nos hacen sentar alrededor de la típica mesa de juntas y dejo a mi abuela a mi lado. La vibración de la pulsera me recuerda que es hora de la siguiente dosis, así que le tomo la muñeca y se la administro mediante una caricia en el tatuaje mientras nos ponen al día.

—Ha habido un problema con la última partida de EMGs, como te comenté en la llamada. —Asiento para indicarle que escucho a pesar de no estar mirándolo—.

Hicimos un cambio en el ADN para hacerlas resistentes a los hongos entomopatógenos que les estaban afectando, ¿te acuerdas?

—Sí, claro, ¿no te iban a dar un premio por eso?

—Sí —admite, rascándose la nuca y con las mejillas algo coloradas—. Por ese lado, todo solucionado. Sin embargo, no entendemos qué ha pasado para que ahora suceda esto.

Hace una señal a una de sus compañeras, que da un pequeño toque a su pulsera y proyecta un holograma entre nosotros. Las imágenes son tan nítidas que casi parece que se puedan tocar.

Se me abre la boca al instante.

«¿Qué cojones...?».

Estamos viendo edificios como los del exterior, que siempre me han recordado a los castillos de arena que hacía en la playa cuando estábamos en la Tierra, su textura siempre me evoca ese recuerdo. Pero es como si estos en concreto hubieran sido golpeados por bolas de demolición. Es como si les faltaran huecos, como si las Tacurúes no supieran que había que rellenar esas zonas. Como si esas zonas, de hecho, *no existieran*. Pero no solo eso, también hay algunos como retorcidos que me recuerdan a un edificio antiguo de la vieja Praga.

—Parece...

—La Casa Danzante, ¿verdad?

—Justo —digo, asintiendo con la cabeza.

—Lo mismo está pasando con las AracNephilas —dice, y muestra imágenes de ropa con agujeros y patrones extraños. No parecen diseñadas para humanos, a decir verdad—. Y con las MultuMelíferas, que están produciendo miel y jalea rarísimas.

—¿Y las flores de los invernaderos son las mismas?

—Sí, sí. Seguimos con el mismo sistema de combinar hortalizas con aromáticas, no hay nada nuevo.

—Pero... ¿y qué ha pasado?

Se encoge de hombros.

—Por eso te hemos... *Os hemos* llamado. No tenemos ni idea.

Miro a todos los científicos y la desesperación es palpable. Asiento y les prometo que encontraremos la solución. Pero les pido descansar, así que nos acompañan hasta nuestro apartamento temporal.

La Estación Lynn Margulis es enorme. Sofía la había visto en fotos y vídeos, pero tenerla ante sus ojos le quita el aliento. Es su nuevo hogar, el lugar donde ella y su nieta vivirán su nueva normalidad.

El deslizador que las lleva hasta allí se detiene en el hangar y a la salida les espera una persona con una sonrisa de oreja a oreja.

—Morgan —murmura sintiendo que se le calienta el pecho solo de verle—. Has venido.

—¿Quién mejor para recibirte?

Se deja estrechar entre sus brazos, un gesto que ya la hace sentir en *casa*.

—¡Morgan!

Con ese grito su nieta se abalanza y se une al abrazo cogiéndoles a ambas por las caderas.

—¿Qué pasa, renacuaja? ¿Habéis tenido un buen viaje?

Sofía asiente notando el cansancio en el cuerpo. Ya va sintiendo los achaques de la edad y que no está para muchos trotes.

—Anda, venid, que os enseñe vuestro apartamento y así descansáis.

Las guía por varios pasillos hasta que llegan a un ala donde hay decenas de viviendas. Se detienen frente a una donde un cartel anuncia «Aquí viven Sofía y Adriana Doménech», tanto en letra como en Braille. Sonríe al verlo, es un detalle bonito.

—Pues aquí es —le indica elle, abriendo la puerta.

—Ah, habitaciones separadas —dice una vez dentro—. ¿Crees que podrían poner las dos camas en el mismo dormitorio?

—Estoy segura de que no habrá problema. Bienvenidas, chicas.

En las siguientes semanas mantenemos una rutina para que mi abuela no se desestabilice demasiado. Por la mañana vamos al laboratorio, donde nos muestran resultados de análisis y ordeno que realicen nuevos. Por la tarde, la llevo a merendar. Apenas me deja descansar porque se siente fuera de lugar, de su hogar, y eso la enerva. Lo entiendo, pero no ayuda a que solucionemos un inconveniente tan gordo que podría amenazar el proyecto al completo. De momento, las partidas de insectos «problemáticos» están aisladas, pero deberíamos averiguar rápido qué ha sucedido y si puede volver a ocurrir. No podemos

tener animales resistentes a plagas, pero incapaces de realizar su función correctamente.

Decido tener una reunión con todo el personal, incluido el resto de equipos vía HolApp. Entre todos podemos conseguir alguna conclusión. Decido compartir las imágenes que ya teníamos y que hemos ido tomando, y todo el mundo alucina. El murmullo crece en intensidad. Nadie puede creerse lo que está pasando.

—Es demencial —dice Florence.

Asiento, con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados en el pelo, desesperada.

—Es que lo es.

Me giro al oír la voz de mi abuela a mi lado. Ha tomado una de las *tablets* de la mesa y mira las imágenes con curiosidad. Son las mismas que se proyectan en todas las pantallas, pero yo sé que a ella siempre le han gustado esos aparatos, más pequeños y manejables.

—Ya, abuela, sí —digo con paciencia. Me torno hacia mis compañeros y añado—: El caso es que... ¿cómo vamos a...?

—No, no. Escúchame, que lo digo en serio —continúa con la voz serena, la de antes. La piel se me pone de gallina. La miro y me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no le veo los ojos tan lúcidos. Con la enfermedad tan avanzada y la medicación suele tener las pupilas muy contraídas, lo que me indica que no está abierta a razonar, que no es *ella*. Sin embargo, ahora es diferente—. En realidad siguen patrones que son similares a los que desarrollan las personas con demencia —explica—. ¿Sabes

estas pruebas donde se le pide al paciente que dibuje una casa y las hace deformes o les faltan trozos? —Asiento, son las que le hicieron a ella en su momento, ¿no se acuerda? Noto que tengo la boca abierta. Ahora mismo el mundo ha dejado de existir, porque Sofía Doménech está de vuelta—. Pues da la misma sensación. Así que el problema tiene que estar a nivel neuronal. ¿Hay tomografías?

—Claro —susurro.

Me arrimo a ella y, hombro con hombro, le muestro imágenes de los distintos artrópodos.

—Mira, aquí —me dice, señalando unas zonas en distinto color—. Esto se repite.

Todos se inclinan y miran la imagen con la misma atención que yo. Pasamos varias tomas pertenecientes a distintos animales.

—Tenemos un patrón —murmuro.

El silencio se hace en la sala y ninguno nos atrevemos a decir nada más. Encaro a mi equipo, que observa a mi abuela con atención y un brillo de orgullo y admiración en los ojos. Cuando me vuelvo hacia ella, con la ilusión latiéndome en el pecho, está con el ceño fruncido y la mirada perdida.

«Mierda, se fue».

Me agunto las ganas de llorar porque por un instante he recuperado a mi abuela. Me habría gustado decirle que la quiero en uno de los únicos momentos de plena lucidez que ha tenido en los últimos años.

Me giro hacia el resto de compañeros mientras le acaricio el brazo.

—No sé cómo nadie ha visto esto... —dice Gero, desde nuestra propia base.

—Porque nunca nos habríamos planteado que una solución pudiese ser un problema —murmuro con la mirada perdida, sintiendo que la última pieza del puzle encaja en mi cabeza—. Ruvens, esas acumulaciones, ¿pueden ser quininas? O alguna sustancia similar. Algo relacionado con las últimas modificaciones.

—¿Qui-quininas...? —pregunta él, realmente aturdido.

—Los alterasteis para ser resistentes a los hongos entomopatógenos. ¿Y si se están acumulando las toxinas?

El hombre se queda en silencio. Está cada vez más pálido.

—Ostras... ¿Podría ser que no eliminaran las quininas producidas por el gen QIL31 y se estuvieran acumulando? —pregunta una de las científicas, creo que es del Departamento de Neurobiología Comparada.

Aprieto los labios y asiento devolviendo la mirada a las imágenes con las que juguetea mi abuela en la pantalla de su *tablet*.

—Es totalmente factible.

El auditorio Doménech es amplio y está abarrotado. La muchedumbre procedente de las diferentes colonias produce un murmullo que oigo de fondo y que me recuerda a las olas del mar en la Tierra. Cuando el acto comienza, el silencio se establece como una manta fina y suave. Un hombre del comité de Ciencias Biológicas sube al escenario y comienza a hablar con voz decidida.

—Queridos vecinos, hoy nos reunimos aquí en conmemoración del quincuagésimo aniversario del protocolo de erradicación de la neurodegeneración tóxica de los EMGs. Tenemos a una invitada especial que fue participante de aquellas investigaciones. Por favor, recibamos con un fuerte aplauso a la doctora Adriana Doménech.

Me levanto entre vítores y ovaciones a las que sé que jamás me acostumbraré. Llego al escenario y subo, aún sin acabar de hacerme a la suavidad con la que el exotraje me permite moverme, como si el peso de los años no me empujase contra el suelo. Me acerco y el presentador me da un abrazo afectuoso.

—Gracias por aceptar, señora Doménech, es un placer y un honor tenerla aquí.

Me separo de él apretándole el hombro con afecto y me dirijo al atril.

—Gracias, muchas gracias —comienzo a decir ante el dron que amplifica mi voz y retransmite mi imagen—. Es un increíble estar hoy aquí, en uno de los últimos edificios que han conseguido construir las Tacurúes. —Observo fascinada las paredes de arenisca rojiza y cómo las cristaleras tamizan la luz. Las estructuras cada vez son más eficientes y hermosas—. Como saben, no soy dada a extenderme en largos discursos. Prefiero que sean mis compañeros quienes se lleven el honor de soportarme cuando me enrolló. —Guardo silencio para permitir las risas—. Armonía y simbiosis. Cuando llegamos aquí hace ahora 232 años, que se dice pronto, nos prometimos que cambiaríamos las cosas. Que no repetiríamos los viejos errores.

Hemos avanzado mucho en los últimos años consiguiendo adaptar este planeta a nuestras necesidades. Y viceversa. Creo que hemos hecho un buen trabajo. Debemos estar orgullosos de ello. —Me paro un momento, necesito coger fuerzas para lo siguiente—. Es maravilloso lo que estamos logrando y me gustaría que jamás se olvidara que todo esto fue posible gracias a mi abuela y a su equipo. Sin ellos, no habríamos alcanzado esto. Sin ellos habríamos llegado al colapso por culpa de la neurodegeneración tóxica. Y fue ella, y su mente privilegiada, quien nos dio la clave, no ya para solucionar aquel error fatal, sino para todas las mejoras que nos han traído hasta donde nos encontramos hoy. Gracias, abuela —digo llevándome la mano en el corazón, pues siempre está ahí, conmigo—, sin ti esto no habría sido posible. Sin ti y sin todos los científicos y científicas que nos han acompañado en nuestro viaje. Sigamos el ejemplo de todos ellos, que lucharon y luchan hasta el final por mejorar y favorecer a las generaciones venideras. ¡Por el futuro! —alzo la voz sin quitarme la mano del pecho.

Veo cómo el público se levanta y aplaude con entusiasmo. Me reconforta pensar en lo que hemos logrado entre todos y para todos. Miro a mi alrededor. ¿Cuándo dejamos de llamarlo «el nuevo mundo»? Ahora ya es solo «el mundo». *Nuestro mundo*. Y es, sin duda, mucho mejor de lo que nadie podría haberse esperado.

«Gracias, abuela, por cuidarme, por cuidarnos. Gracias por todo. Siempre. Te quiero».



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

Vicerrectorado de Investigación y Transferencia
Publicaciones y Divulgación Científica

